

CRONICA

RETROSPECTIVA

Berlioz, una actitud romántica

LA PASION DE LA MUSICA

Me he preguntado varias veces, ¿ciertas gentes se ocupan de música porque han perdido el juicio o es la música quien las ha hecho enloquecer? La observación más imparcial me ha llevado a lo siguiente: la música es una pasión violenta, como el amor, en consecuencia, puede algunas veces hacer perder la razón a aquellos que son poseídos por ella. Pero este desarreglo del cerebro es sólo accidental, la razón no tarda en recobrar su imperio. E incluso más, está aún por demostrar si esta pretendida perturbación no es sino una exaltación sublime, un desarrollo excepcional de la inteligencia y de la sensibilidad.

TERRIBLES EFECTOS DE LA MUSICA

En la audición de ciertas obras de música, mis fuerzas vitales parecen duplicarse; siento un placer delicioso, en el que la razón no entra para nada; el hábito del análisis acude en seguida para provocar la admiración; la emoción, creciente en proporción directa a la energía o la grandeza de las ideas del autor, produce pronto una agitación extraña en la circulación de mi sangre; mis arterias laten con violencia; las lágrimas que, de ordinario, indican el fin del paroxismo, señalan un estado progresivo, que está lejos de llegar a su último extremo. En casos tales, contracciones espasmó-

dicas de los músculos, un estremecimiento de todos los miembros, un embotamiento total de los pies y las manos, una parálisis parcial de los nervios de la visión y del oído, se producen. No veo ya, oigo apenas... vértigo... casi desvanecimiento...

LAS SINFONIAS DE BEETHOVEN EN EL PARIS DE 1800

Hace treinta y seis o treinta y siete años que se llevó a cabo, en los conciertos espirituales de la Ópera, el ensayo de las obras de Beethoven, entonces perfectamente desconocidas en Francia. Hoy no podría creerse cuántas reprobaciones cayeron sobre esta admirable música por parte de la mayoría de los artistas. Era estrambótica, incoherente, difusa, erizada de modulaciones duras, de armonías brutales, desprovista de melodía, de una expresión forzada, demasiado ruidosa y de una dificultad horrible. Habeneck, para satisfacer las exigencias de los hombres de gusto que regentaban por entonces la Academia Real de Música, se vio forzado a realizar, en estas mismas sinfonías que ha dirigido más tarde con tanto celo en el Conservatorio, cortes monstruosos, como los que eran permitidos, a lo más, en un ballet de Gallenberg o en una ópera de Gabeaux. Sin estas correcciones, Beethoven no hubiera tenido jamás el honor de figurar, entre un solo de fagot y un concierto de flauta, en los programas de los concierros espiritua-

les. A la primera nota de los pasajes marcados con lápiz rojo, Kreutzer hubiera huído tapándose las orejas y le sería preciso todo su valor para decidirse, en otros ensayos, a escuchar *lo que restase* de la «Sinfonía en Re». Tengamos en cuenta que la opinión de Kreutzer sobre Beethoven era la del noventa y nueve por ciento de los músicos de París en esta época y que, sin los esfuerzos reiterados de la imperceptible fracción que profesaba el criterio opuesto, el más grande de los compositores de los tiempos modernos nos sería tal vez hoy desconocido.

EL «FREISCHÜTZ» DE WEBER

Es difícil encontrar en la antigua o en la nueva escuela, una partitura tan irreprochable desde todos los puntos de vista como la del «Freischütz»; que mantenga como ella un interés constante, de principio a fin; en que la melodía tenga mayor frescura; en que los ritmos sean más atrayentes; las invenciones armónicas más numerosas, y en la que el empleo de las masas vocales y de los instrumentos sea más enérgico sin esfuerzo, más suave sin sensiblería. Desde el comienzo de la obertura hasta el último acorde del coro final, me es imposible señalar un solo compás cuya supresión o cambio me parezcan deseables. La inteligencia, la imaginación, el genio brillan por todas partes con una fuerza de irradiación que sólo podría no fatigar a los ojos del águila si una sensibilidad inagotable no acudiese a aminorar su resplandor y a extender sobre el auditor el dulce abrigo de sus veladuras.

ULTRAJES A LA OBRA DE GLUCK

Es imposible de imaginar en lo que se está transformando poco a poco la obra de Gluck en estos momentos, en los teatros donde se la representa, (con excepción de los de Berlín), en los conciertos donde se la canta en fragmentos, en los comercios donde se la vende a jirones. No hay un cantante que comprenda su estilo, un director de orquesta que domine su espí-

ritu, su sentimiento y sus tradiciones. Claro es que éstos, por lo menos, no son culpables y casi siempre involuntariamente la desnaturalizan y extinguen en ella las más radiantemente inspiraciones. Los arregladores, los instrumentadores, los editores, los traductores, por el contrario, con premeditación han hecho de esta noble figura antigua de Gluck una máscara horrorosa y grotesca, en la que es casi imposible descubrir sus verdaderos rasgos.

Un hormiguero de liliputienses se ha encarnizado contra este nuevo Gulliver. Directorzuelos de última fila, detestables compositores, ridículos maestros de canto, danzarines inclusive, han instrumentado la música de Gluck, han deformado sus melodías, sus recitativos, han cambiado sus modulaciones, lo han cubierto de languideces estúpidas. Unos han agregado «variaciones para flauta» al solo de arpa de la entrada de Orfeo en los Infernos, por encontrar este prelude demasiado pobre e insignificante. Otros han cubierto con instrumentos de bronce el coro de las sombras en el Tártaro, agregando el *serpentón*, porque la serpiente debe figurar sin duda en una escena infernal donde se trata de las Furias. Por el contrario, en otras ocasiones, se reduce a un cuarteto la masa de las cuerdas. Hasta un maestro de capilla imaginó hacer aullar a los coristas, recomendándoles no cantar... invención sublime que se le escapó a Gluck.

OSCURIDAD DE WAGNER

Me atrevo a afirmar que Wagner posee esa rara intensidad de sentimiento, ese ardor interior, esa potencia de voluntad, esa fe que subyugan, conmueven y se imponen. Pero estas cualidades tendrían más brillo si estuvieran unidas a más invención, menos rebuscamiento y una más justa apreciación de ciertos elementos constitutivos del arte.

(De la correspondencia y los artículos críticos de Berlioz, recogidos en la edición de sus obras literarias por J. Tiersot).